

Un lugar para la memoria, la vocación y el porvenir

José Escobar Romero* |

*Hay lugares a los que creemos llegar por decisión y otros
que, silenciosamente, llevan años encontrándonos.*

* Director del Área de Conocimiento en Comunicación Estratégica del programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Central. Periodista y comunicador social, con profundización en reportería gráfica digital, y magíster en educación con énfasis en gestión educacional de la Universidad de Artes y Ciencias Sociales de Chile.
Correo: jescobarr3@ucentral.edu.co

Las universidades son, ante todo, territorios de memoria. Por eso, más allá de los edificios, los programas académicos o los aniversarios institucionales, su verdadera historia se construye en las trayectorias de quienes las habitan, las transforman y encuentran en ellas un lugar para crecer. En el contexto de la conmemoración de los 60 años de la Universidad Central, esta reflexión se sitúa en el cruce entre historia institucional y experiencia personal.

Desde la perspectiva de la memoria institucional, las organizaciones universitarias no solo conservan archivos o celebran hitos cronológicos, sino que también configuran relatos compartidos que otorgan sentido a la experiencia de sus comunidades, tal como lo plantea Paul Ricoeur (2004) al afirmar que la memoria es una forma de reconstrucción narrativa del tiempo vivido, en la que el pasado adquiere significado a partir del presente.

En este marco, el presente artículo propone una crónica reflexiva sobre la evolución de un vínculo académico y profesional con la Universidad Central, una historia que inicia en la etapa de formación como estudiante de periodismo, atraviesa la experiencia docente y encuentra hoy una nueva dimensión en la responsabilidad de dirigir el Área de Conocimiento de Comunicación Estratégica.

Cuando un lugar empieza a nombrarnos

Toda trayectoria significativa suele comenzar de formas discretas, y tal fue mi caso: el vínculo con la Universidad Central no nació de un plan trazado, sino de un encuentro lateral durante mis años de formación en periodismo, gracias a mi participación en los albores

de la insigne Cátedra Kapuscinski, un escenario de reflexión que se constituyó en un primer umbral de reconocimiento.

Aquel espacio representó mucho más que una experiencia académica ocasional: constituyó el descubrimiento de una manera distinta de entender el periodismo, más allá de la técnica, como un ejercicio crítico y ético de la profesión. En términos de formación profesional, este momento puede leerse como lo que Donald Schön (1992) denomina una experiencia de “reflexión en la acción”, en la que el sujeto resignifica su práctica a partir del contacto con nuevos marcos de comprensión.

Con el paso del tiempo comprendí que aquel momento había sido fundacional, y lo que entonces parecía aislado se reveló como el comienzo silencioso de una historia de pertenencia, como un vínculo inicial que comenzó a transformarse, pues, aun sin ser parte de la institución, desde entonces la Universidad Central dejó de ser un referente externo para convertirse en un espacio recurrente de mediación pedagógica.

Años después, volver desde la vocación docente, acompañado de mis estudiantes, resignificó profundamente la experiencia inicial y transformó ese descubrimiento individual en una posibilidad de formación compartida con mis nuevas comunidades de aprendizaje, construidas desde la interacción y la participación dentro de ecosistemas dinámicos, como el que nos presentó la cátedra en honor a uno de los más reputados referentes teóricos del ejercicio profesional.

En ese tránsito, la universidad comenzó a consolidarse como un espacio de construcción colectiva de sentido, en el que la docencia dejó de ser únicamente transmisión para convertirse en experiencia compartida y acompañamiento de trayectorias. Por eso, la evolución de este vínculo continuó a través de encuentros cada vez más cercanos con la vida institucional.

Tutorías, seminarios, procesos académicos, evaluaciones de trabajos de grado y, finalmente, la vinculación docente han sido momentos que consolidaron una relación más profunda con la Universidad Central. Desde una perspectiva académica, este proceso puede leerse a la luz del concepto de *identidad profesional*, entendido

como una construcción dinámica que emerge en la interacción entre experiencia, reconocimiento institucional y práctica reflexiva.

La posterior designación como director del Área de Conocimiento de Comunicación Estratégica no representa únicamente una progresión laboral, sino la consolidación simbólica de una trayectoria construida desde la confianza institucional y la construcción colectiva.

La universidad como territorio de sentido

En una lectura más profunda, la institución aparece como un territorio simbólico donde convergen memoria, identidad, vocación y proyecto de vida. Esta perspectiva resulta especialmente significativa en el marco de los 60 años de la Universidad Central, pues invita a pensar que la historia institucional no se agota en las fechas, los hitos o los logros académicos, sino que se encarna en las trayectorias de quienes la hemos habitado y transformado.

Desde la perspectiva de Paul Ricoeur (2004), la memoria no constituye una mera acumulación de recuerdos, sino una reconstrucción narrativa que organiza el tiempo vivido y le otorga sentido desde el presente. Bajo esta mirada, la universidad se configura como un espacio en el que las experiencias individuales encuentran un lugar dentro de una historia colectiva más amplia.

La trayectoria profesional relatada no puede leerse de manera aislada, pues adquiere significado precisamente en diálogo con la memoria institucional y con la permanencia de un proyecto universitario que, a lo largo de seis décadas, ha abierto caminos para múltiples generaciones en diversos escenarios, dentro y fuera de las aulas.

En este sentido, la Universidad Central se presenta como un escenario de mediación entre lo personal y lo colectivo, donde las aulas, los encuentros académicos, los proyectos pedagógicos y las conversaciones con colegas dejan de ser acontecimientos circunstanciales para convertirse en hitos que estructuran una narrativa de pertenencia.

Cada uno de estos momentos, observado en retrospectiva, revela cómo la institución ha operado como espacio de reconocimiento, legitimación y construcción de sentido profesional. Por ello, la evolución

de esta trayectoria permite dialogar con la noción de *identidad profesional* para quienes hemos tenido el acierto de transitar rutas que se han cruzado con esta historia institucional.

Como plantea Pierre Bourdieu (1977), el campo académico constituye un espacio donde se configuran capitales simbólicos, posiciones y trayectorias que no solo definen roles, sino formas de habitar el conocimiento. Desde esta perspectiva, el tránsito por distintos lugares dentro de la universidad —estudiante visitante, docente, tutor, director— no representa únicamente una secuencia funcional, sino una transformación progresiva en la relación con el saber, la comunidad y la responsabilidad institucional.

Existe, además, una dimensión profundamente humana que atraviesa esta reflexión: la universidad, además de formar competencias, también acompaña procesos vitales. Si me centro concretamente en el campo de la comunicación estratégica, esta experiencia adquiere una resonancia particular, pues pone de manifiesto la importancia de comprender la formación no como acumulación de contenidos, sino como construcción de miradas, sensibilidades y capacidades para leer contextos.

La institución, en este caso, no solo ha sido escenario de crecimiento profesional, sino también espacio de maduración personal y de afirmación vocacional. Por esto es posible afirmar que las universidades, especialmente aquellas con una historia consolidada, son también lugares de destino simbólico que reciben trayectorias que se transforman, se proyectan y se convierten en parte constitutiva de la propia memoria.

Al mirar esta trayectoria en perspectiva, resulta evidente que no todas las historias profesionales se construyen desde rutas lineales, planificadas o plenamente conscientes, pues algunas, como la que aquí narro en primera persona, se desarrollan como procesos de descubrimiento progresivo, en los que el sentido de cada etapa se ha revelado con la distancia que ofrece el paso del tiempo.

Lo que comenzó como un encuentro aparentemente circunstancial durante mi etapa de formación en periodismo terminó configurándose, con los años, en una historia de pertenencia

profunda a la Universidad Central, en la que cada retorno, cada conversación, cada aula habitada y cada nueva responsabilidad fueron consolidando una relación que evolucionó desde la curiosidad inicial hasta la construcción de un lugar propio dentro del proyecto académico institucional.

En el contexto de la conmemoración de sus 60 años, esta reflexión adquiere una dimensión que trasciende lo autobiográfico, pues la historia personal aquí relatada funciona también como una metáfora de lo que hacen las instituciones educativas cuando logran trascender su función instrumental: no solo forman profesionales, sino que acompañan trayectorias humanas, crean comunidad y se convierten en escenarios donde la vocación encuentra cauce y permanencia.

Quizá uno de los aprendizajes más significativos de este recorrido es comprender que los lugares no siempre son escogidos de manera inmediata; en ocasiones, son ellos quienes nos encuentran. La Universidad Central, en esta crónica, aparece precisamente como ese lugar que fue construyendo sentido, incluso antes de que ese sentido pudiera ser plenamente nombrado, tal como sucede en la actualidad.

Hoy, desde la responsabilidad de dirigir el Área de Conocimiento de Comunicación Estratégica, esta trayectoria adquiere un nuevo valor: no representa un punto de llegada definitivo, sino que se suma a la continuidad de una historia que sigue escribiéndose. En sus 60 años, la institución, además de celebrar su pasado, se muestra capaz de seguir abriendo caminos para quienes aún están por encontrar en ella un lugar de formación, crecimiento y pertenencia.

En suma, hay instituciones que dejan de ser únicamente ello para convertirse en hogares académicos que albergan memorias compartidas y horizontes de futuro, entretejidos entre colegas, generaciones y motivaciones. Allí se expresa la verdadera trascendencia de una universidad: su capacidad de permanecer no solo en la historia, sino en la vida de quienes la hacen posible.

Y si hoy, al mirar hacia atrás, esta historia encuentra palabras, es porque la gratitud también necesita ser narrada. Gratitud por las ocasiones que abrieron preguntas, por las voces que acompañaron el camino, por las aulas que se convirtieron en territorio de aprendizaje

y por la confianza que, con el tiempo, hizo posible habitar esta institución desde distintas perspectivas y responsabilidades.

Porque algunos lugares no solo nos reciben, sino que nos transforman, nos acompañan y, con el tiempo, terminan por convertirse en parte de quienes somos. Por eso, al conmemorar los 60 años de la Universidad Central, esta no es solo la crónica de una trayectoria personal, sino también un acto de reconocimiento a una universidad que ha sabido sembrar futuros, acoger vocaciones y transformar vidas.

Gracias, Universidad Central, por estos caminos abiertos y por hacer de ellos un hogar para la memoria, la vocación y el porvenir. ○

Referencias

- Bourdieu, P. (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social* (2.^a ed.). Siglo XXI Editores.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido* (A. Neira, trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Schön, D. A. (1992). *La formación de profesionales reflexivos: hacia un nuevo diseño de la enseñanza y el aprendizaje en las profesiones*. Paidós.

